

Films de Amor

ENTRADA DE EMPLEADOS

NÚM.
314



25

CTS.

Warren William
Loretta Young

DEL RUTH, Roy

FILMS DE AMOR

DIRECTOR PROPIETARIO: EDITORIAL
RAMÓN SALA VERDAGUER

REDACCION ADMINISTRACION Y TALLERES:
Valencia, 234-Apartado 707-Barcelona



AGENTE DE VENTAS
Sdad. Gral. Española de Librería - Barbará, 14 y 16 - Barcelona

Nº VII APARECE LOS JUEVES NÚM. 314

Employees Entrance, 1933
Entrada de empleados

Adaptación en forma de novela de la
película del mismo título interpretada
por el célebre artista de la pantalla

WARREN WILLIAM

Narración literaria de F. GIMÉNEZ

E X C L U S I V A S

Warner Bros, First National Films

S. A. E.

Paseo de Gracia, 77 - Barcelona

INTERPRETES

Anderson WARREN WILLIAM
Madeline LORETTA YOUNG
Martin West Wallace Ford

ARGUMENTO DE LA PELICULA



PRIMERA PARTE

Las continuadas quejas que habían llegado a la Gerencia general Mr. Anderson a los oídos de la Dirección de un gran almacén acerca de la conducta despótica y son, hicieron reunir al Consejo Directivo para tomar una medida enérgica y poner coto a los desmanes de aquel hombre sin entraña, que manejaba a su antojo a los miles de empleados que trabajaban bajo su severo control. Para Mr. Anderson un empleado no era más que una máquina que debía desecharse como hierro viejo en cuanto no rendía todo el servicio que de ella se podía esperar. Toda una vida de desvelos y de trabajo honrado no representaba nada ante la conciencia tiránica de Mr. Anderson, que sólo atendía a la propia conveniencia, a la marcha próspera del

negocio, sin preocuparse en la multitud de vidas que iba destrozando a su paso. La Dirección llamó a Anderson para hacerle algunas observaciones.

—Si se les escucha — dijo Anderson para poner final a aquella conversación que le molestaba — el negocio será pronto una ruina. Ustedes verán lo que les conviene.

—Puede usted continuar en su puesto — le dijo el Director —, pero debe suavizar sus métodos inspirados quizás en exceso de celo. Para mayor seguridad Mr. Ross supervisará desde hoy todas sus órdenes... Puede usted retirarse. Me han nombrado Presidente del homenaje que se va a rendir a los aviadores triunfantes que llegan hoy y he de ir a recibirlas. No puedo detenerme.

—Así se hace prosperar el negocio — replicó Anderson con ironía —. Cuando llegó Lindberg tuvimos que cerrar el almacén para que los empleados acudieran a recibirlle. ¡Un día de cierre, ustedes saben la pérdida que representa! ¡Si creen ustedes que esos son los buenos métodos para que la casa marche, podemos trasladar el negocio a un yate de recreo!... Están ustedes equivocados. En el almacén, en el que entré como simple empaquetador, he aprendido a que no se puede ser blando de corazón. Mi lema es: "aplasta y vencerás". ¡El señor Monroe es un magnífico presidente, pero un pésimo negociante!

¡Esta casa la he formado yo, yo la he sostenido! Sólo continuaré en mi puesto si me dan doble sueldo y me dejan dueño absoluto de mis actos, sin supervisiones ni control, ¿comprende, Mr. Ross? De lo contrario me iré a trabajar con sus competidores. —Y dando media vuelta salió seguro de que el consejo directivo haría lo que él les había señalado.

—¡Qué insolencia! — exclamó el señor Monroe, moviendo penosamente su enorme corpulencia de rico sin preocupaciones—. ¡Debe despedirse inmediatamente a ese empleado!

—La casa, sin Anderson, se irá a la ruina —dijo Mr. Ross—. El es el único que puede hacer marchar el negocio y no debe ser despedido. ¡Propongo que se le conceda lo que pide!

—No puedo entretenerme ahora —añadió el Presidente mirando el reloj—. ¡Me esperan los aviadores! Si ustedes creen que es indispensable aceptar las condiciones de Anderson...

—¡Sí, sí, aprobadas por unanimidad! —dijeron los miembros del Consejo directivo, satisfechos de no tener que preocuparse más del enojoso asunto y marchando cada uno a sus ocupaciones particulares.

Anderson, entretanto, repartía tranquilamente sus órdenes seguro de que había triunfado de sus enemigos y, convencido de que

sus métodos eran los únicos capaces de rendir pingües ganancias, no doblegó su voluntad ni en un ápice, y mandó anular un pedido de cinco mil abrigos que no le había sido entregado, a causa de una huelga surgida en el ramo de los sastres, en la fecha indicada en el contrato, desoyendo las lamentaciones del que había aceptado el encargo, exponiendo en el pequeño negocio, del que esperaba buen rendimiento, todo su capital, que veía ahora desvanecerse como el humo ante la inflexible voluntad de aquel hombre de hierro.

SEGUNDA PARTE

Terminada la tarea diaria, Anderson acostumbraba a inspeccionar uno o dos pisos del gran almacén para que nada pudiera escapar a su vigilancia severa y llevar así un rígido control de todo cuanto acontecía en aquel terreno de su exclusivo dominio. Aquella noche le tocó el turno a los dos últimos pisos del almacén, en donde estaban los muebles, coquetamente dispuesto, agrupados en habitaciones arregladas con el mismo arte que si pertenecieran a una casa particular. Anderson recorría pieza por pieza las distintas dependencias, cuando de pronto los acordes de un piano le sorprendieron. ¿Quién podía estar allí en aquellas horas? Sin preámbulo, abrió de pronto la puerta y entró en el cuarto en donde una muchacha bellísima estaba tocando el piano tranquilamente.

—Podía haber pedido permiso para entrar

—dijo la muchacha fingiéndose ofendida.— Si hubiera estado bañándome... ¿qué hubiera pasado?

—Mejor es no imaginarlo — contestó Anderson divertido por el desenfado de aquella mujer bonita y coqueta—. ¿Quiere decirme quién es usted?

—Y usted, ¿quién es?

—Yo soy el casero, que vengo a cobrarle el alquiler del cuarto.

—¡Oh! — exclamó ella siguiendo el juego, —no me desahuciará usted en una noche como ésta! Yo le prometo pagarle cuando pueda el alquiler. ¿No quiere invitarme a comer de todos esos succulentos platos que tiene usted aquí? — añadió señalando un pollo artificial que se estaba asando en una cocina de gas—. ¡Están sabrosísimos! Y si supiera usted el hambre que tengo!

Se rieron los dos como dos niños y se miraron a los ojos largamente...

—La invito a cenar, pero al restaurant, donde la comida será más nutritiva, ¿quiere? Y allí me dirá qué hacia usted en mi casa a estas horas y quién es usted.

Salieron y fueron a cenar juntos. Anderson miraba ávidamente, con ojos llenos de deseo a la bellísima mujer que le iba contando, mientras comía con extraordinario apetito, su pequeña historia.

—Todos los días iba a su almacén a buscar



—Lo conseguirá porque es usted deliciosamente bonita.

trabajo, pero siempre era la última en llegar, ¿sabe? Y hoy me he dicho: Te quedarás a dormir en el almacén y mañana serás la primera. Me he refugiado en el último piso y si usted no hubiera dado conmigo mañana hubiera sido la primera en solicitar trabajo... ¿Son ustedes muy exigentes? ¿Cree usted que mañana conseguiré trabajo?

—Lo conseguirá porque es usted deliciosamente bonita.

—Preferiría que me lo dieran por ser inteligente... ¡Si viera cuántas veces he deseado hablar con usted!... ¡Y nunca me dejaban!

—Pues hoy tengo toda la noche para decirte, chiquilla... Tendrás trabajo mañana si eres complaciente... No puedo negar nada a esos ojos tan dulces y a esa boca tan fresca... Tendrás todo cuanto quieras, todo...—Y la atrajo a sí y la besó con pasión, reteniéndola entre sus brazos mucho tiempo...

Al día siguiente entró a trabajar como modelo en el departamento de ropas de señora. Anderson había creado esta plaza para ella, porque el departamento estaba ya servido por una rubia un poco descocada y vivaracha, que flirteaba con todos y que había puesto cerco a Anderson para conquistarle, aunque él le mostraba la más completa indiferencia. Madeline rehuyó desde el primer día la amistad de aquella mujer que le parecía peligrosa y trabajó seriamente, contenta de haber encontrado un medio seguro de vida.

Anderson, a quien la fiscalización llevada a cabo por Mr. Ross, molestaba sobremanera, encontró pronto solución para deshacerse de él discretamente. Llamó a la rubita descocada y le dijo:

—Mira, niña, no pierdas el tiempo conmigo porque tú sabes que no te quiero; pero si te dedicas a distraer a ese señor que está



Madeline rehuyó desde el primer día la amistad de aquella mujer.

en la oficina de ahí enfrente, que se llama Denton Ross, te pondré el sueldo a setenta dólares semanales, ¿qué te parece?

—Perfectamente. Me gusta que me hable tan claro. Le prometo que el señor Ross no le molestará a usted más; yo sabré distraerle — asintió la modelo mientras salía del despacho de Anderson, contoneándose para dirigirse al de Ross.

Una vez en presencia de Mr. Ross, la des-

cocada rubita empleó toda clase de coqueterías para atraer la atención de aquel hombre serio e incombustible al que logró pronto turbar con sus gestos y sus mimos.

—Vengo a hablar con usted — le dijo —, porque tiene usted mejor corazón que Mr. Anderson; usted se hará cargo de lo que sufrimos las empleadas. Figúrese que nos obligan a presentarnos sin medias cuando exhibimos modelos de ropa interior. ¿Ve usted? nos hacen ir así —y le puso una de sus piernas, finas y desnudas, muy cerca de los ojos. —Y nos hacen pintar los talones, ¿ve usted? — y le acercó más la pierna al rostro —. Y a mí me da mucha vergüenza... Usted no me abandonará, ¿verdad, Mr. Ross? Será mi padre, mi protector... Y no le dirá a nadie que he venido a contarle mis penas... ¿verdad?

—No, no hijita, puedes venir siempre que quieras, aquí me encontrarás propicio a escucharte — le dijo Ross a quien los encantos de aquella mujercita habían turbado de manera honda.

Entre tanto Anderson había reunido a todos los jefes de sección para pedirles ideas nuevas que detuvieran la mala marcha del negocio, estimulando las ventas.

—La sección femenina es la que tiene sus ventas más flojas. A ver, Higgins, usted que

es el jefe del departamento, ¿qué se le ocurre para que la venta prospere?

—Nada, señor—replicó Higgins, un hombre encanecido en la casa—la depresión afecta a todos por igual.

—Pero qué idea se le ocurre para salir de esta situación?

—Yo creo que deberíamos hacer economías, restringir en todo lo posible los gastos...

—¿Es todo lo que sabe usted decir? Si nos hemos de cruzar de brazos y hacer economías, ¿para qué sirve usted? ¿Para darnos esta idea tan gastada de las economías, le pagamos 15.000 dólares anuales?

Higgins se calló apesadumbrado de no encontrar en su mente ninguna novedad que ofrecer a Mr. Anderson.

Martín West, un muchacho joven e inteligente que había permanecido callado hasta entonces, dijo de pronto:

—Yo tengo una buena idea que acaso diera resultados. La ropa interior de hombre la compra casi siempre la mujer; podríamos mezclar los dos artículos y poner las prendas masculinas al lado de las femeninas; detrás de cada compradora está lo sombra de un hombre; los calzoncillos, que tienen poca venta, colocados junto a las livianas camisetas de las mujeres encontrarán fácil mercado.

—Me parece una idea nueva y de posibles

resultados positivos. Lo probaremos, West; me parece usted un muchacho muy aprovechado —dijo Anderson a quien la sugerencia de Wets le había interesado.

—Pero esto es absurdo! Mr. Anderson —dijo Higgins escandalizado—. En 30 años que trabajo en la casa no se ha visto nunca una cosa semejante.

—¿30 años?... Usted ya está demasiado gastado para nosotros, Higgins. Queda usted despedido. Se le pagará un año de sueldo. Usted no piensa, no razona conforme a las ideas modernas, se ha quedado estancado en su siglo y esto no nos conviene.

Higgins protestó, imploró, suplicó... Anderson se mostró implacable, no quiso escuchar las razones de Higgins y se puso a hablar con Martín West que fué desde aquel momento su protegido.

—He estado observando, West, y creo que se puede hacer algo de usted. Usted tiene ideas, energías, juventud y buena presencia, todo lo que hace falta para la gerencia de una casa como esta. ¿No le gustaría poderme reemplazar algún día?... Por el momnto puede ocupar el puesto de Higgins. A mi lado aprenderá usted mucho si sigue mis métodos. Instálese en la oficina contigua a la mía para que le tenga yo siempre cerca. Le necesitaré día y noche. ¿Le gusta a usted el trabajo?

—¡Creo que el trabajo es lo único digno en la vida!

—¿Está usted casado?

—No, señor; no he ganado nunca lo bastante para pagarme este lujo.

—Está bien, así me gusta. Las mujeres sirven en ciertos casos... como mero pasatiempo. Hay que amarlas y dejarlas; ¡nunca ligarse a ellas!... Mañana empezaremos nuestro trabajo y le pondré en el camino del éxito.

EL S I G N O D E L A C R U Z

La novela que conmueve al mundo,
basada en la grandiosa producción
PARAMOUNT

TERCERA PARTE

Martín West estaba enamorado de Madeline, la linda modelo de la sección de ropa para señora a la que ahora veía con frecuencia gracias a su idea de mezclar las ropas masculinas a las femeninas. Madeline también le amaba; pero desde que West estaba bajo las órdenes directas de Anderson, se sentía un poco recelosa, tenía miedo de que aquél hombre despótico y tirano se interpusiera entre su amor y el de Martín. Eran ahora muchas las noches que Martín no podía dejar el almacén y Madeline se encontraba muy sola sin la compañía del hombre a quien amaba sobre todas las cosas.

—¿Iremos esta noche al teatro? — le preguntó Madeline cierta noche.

—No puedo, querida. Tengo que quedarme organizando un cambio que sugerí y



Martín West, estaba enamorado de Madeline...

que Mr. Anderson quiere esté hecho para mañana.

—A ti te pierden las ideas, Martín... ¿Por qué le sugieres nada a ese demonio de hombre?

—No te enojes. Toma el dinero y vete con una amiga.

—A mí no me interesan las amigas. Yo quiero ir contigo y si tú no vas al teatro no me importa nada. Odio a Anderson. ¡Ojalá reviente!

—Pues no es tan malo como crees. Es agradable cuando se le conoce un poco.

—¿Agradable ese hombre cruel y sin escrúulos?

—Madeline, no quiero que hables mal de Anderson, a él debo lo que soy. Ten un poco de paciencia. Ahora es preciso que le atiende a él; luego nos casaremos en secreto y podremos ser felices.

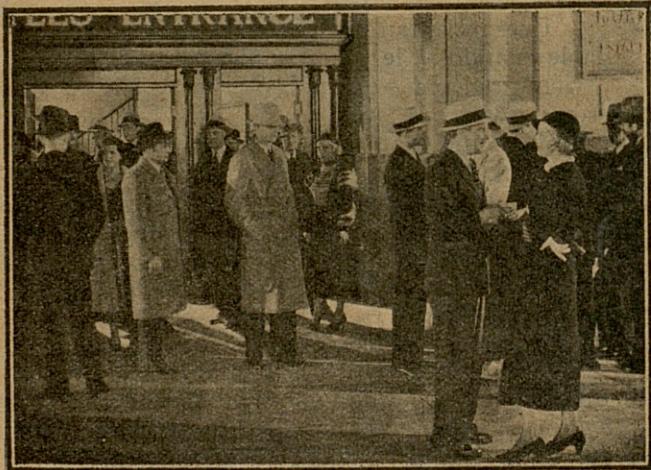
—¿Felices mientras estés al lado de Anderson? ¡Nunca!...

—¿Sabes con quién estás hablando?

—Sí, con el auxiliar de Anderson y por eso sé muy bien lo que me digo. Mientras estés con él no tendrás tiempo de estar conmigo. Cada día te acercas más a ese hombre funesto que acabará siendo tu ruina. Te tiene dominado, esclavizado. No dejes que domine también tu vida, Martín... ¡seamos felices en nuestro amor!

—¿Por qué dices *también*? ¿Es que acaso me domina en algo? El es el amo y yo el empleado; no tengo más remedio que obedecerle.

—Anderson te explota y luego acabará echándote de su lado cuando le estorbes. ¡Es un hombre odioso! Ya ves cómo te aleja de mí... Ni siquiera podemos casarnos como todo el mundo; ¡hemos de hacerlo como si fuera un crimen, como si tuviéramos que ocultar algo malo!



- Madeline, tú sabes que te amo.

—Madeline, tú sabes que te amo; pero es preciso ante todo que asegure mi porvenir. El amor es una cosa muy bella, pero para que lo sea siempre es necesario tener dinero... La miseria aleja el amor. Anderson es bueno; me ha tomado como a su hombre de confianza; se siente abrumado por el peso de la gerencia y quiere que le ayude. No puedo abandonarle, Madeline ¿no lo comprendes?

Madeline no comprendía que pudiera posponerse el amor al dinero. Para ella el amor

lo era todo y el dinero una cosa secundaria; pero su novio pensaba de una manera distinta; para él el dinero era lo primero, luego venía el amor. Madeline se sentía triste y odiaba cada día más a Anderson.

Lograron casarse sin que nadie sospechara aquella unión que hubiera sido la ruina de Martín West. Seguían trabajando los dos en el gran almacén cada uno en su sección y, cuando se encontraban frente a frente, fingían desconocerse. Aquella vida se le hacía insostenible a Madeline, enamorada cada vez más de su esposo al que sentía demasiado apartado de ella, pero le compensaban todas sus angustias los breves momentos que pasaba al lado de su amado cuando éste lograba burlar la severa vigilancia de Anderson, y olvidaba en sus brazos todas las amarguras de una situación que se le hacía insostenible por lo falsa.

Anderson seguía aplicando sus métodos rígidos e implacables. En su oficina pasábase día y noche trabajando sin descanso, para llevar a buen término el negocio, que se tambaleaba con la crisis mundial que afectaba a todos y más aun en aquel establecimiento montado con lujo y que debía cubrir unos gastos superiores muchas veces a los ingresos que se obtenían.

Martín West fué su hombre de confianza, pero logró ese puesto a costa de su indepen-

dencia. Anderson le obligaba a permanecer siempre a su lado y, cuando salía del almacén debía dejar dicho dónde se le podría encontrar. Esta severa fiscalización de sus actos, le privaba de acudir al hogar a acompañar a su esposa, a gozar de la "soledad de dos en compañía", a saborear el reposo tranquilo y amable que le ofrecía, la compañía de Madeline; pero Martín quería labrarse un porvenir y sabía que para subir alto es preciso casi siempre comenzar por arrastrarse mucho...

Higgins, el viejo empleado despedido por Anderson, desesperado de no encontrar clemencia en aquel hombre de hierro, que no volvía atrás ninguna de sus desiciones, sintiéndose incapaz de hacer frente a la miseria, se suicidó a la puerta misma del despacho de Anderson.

—Esto deberían hacer todos los que ya no sirven para el trabajo—se limitó a decir Mr. Anderson.

Pero a Martín West aquella muerte trágica le impresionó hondamente. La sombra del pobre hombre que se había suicidado acosado por el hambre le seguía a todas horas, no podía olvidarlo.

—Yo le quité la plaza... ¡Quizás fuí yo el culpable de su muerte!

—Olvide este pequeño incidente — le dijo Anderson—. Higgins se dió cuenta de que sobraba, de que ya había vivido demasiado...

do... La vida es una lucha y no hay que dar tanta importancia a esas bajas, que no representan nada en la gran maquinaria humana.

—Pobre Higgins — repitió Martín—. Solo, sin ayuda de nadie... ¡ha de haber sido horrible!

—La única manera de triunfar es estando solo. Los amigos no sirven para nada; la esposa esclaviza al hombre; los hijos le aniquilan... Usted tampoco tiene amigos, ni esposa... Por eso nos entendemos tan bien los dos... Hay que tener el corazón duro, fría la sangre. Sólo así se alcanza el éxito verdadero.

No deje de adquirir todos los jueves

FILMS DE AMOR

**la novela blanca preferida
por todas las señoritas.**

CUARTA PARTE

Para contener la ruina casi segura del gran almacén y dar a los ojos del público la sensación de que el negocio prosperaba, Anderson organizó un gran baile en honor de sus empleados, obligándoles a todos a que adquirieran en el propio almacén todo cuanto les hiciera falta para la fiesta. Anderson fué en este asunto duro e inflexible, como en todo.

—¿Dónde compró usted este vestido?— preguntó severo a su secretaria, al verla con una toilete que no era de la casa.

—Me lo dieron muy barato...—dijo disculpándose.

—¿Para qué les hacemos un descuento especial? Si ustedes no compran aquí ¿qué harán los demás? ¡Multiplique su deslealtad por doce mil y verá cuánto sumal... Traiga ese vestido mañana y lo exhibirá como un mo-

delo en la sección femenina. Si no logro venderlo, la despediré...

Y así fué vigilando a todos los empleados para cerciorarse de que todas las prendas que llevaban estaban adquiridas en su almacén.

Martín West acudió al baile con mucho retraso. Anderson le había detenido y no pudo deshacerse de él hasta bien entrada la noche. Madeline le esperaba con impaciencia.

—Hace más de dos horas que te estoy esperando—le dijo al verle llegar.

—Es verdad, nenita, Anderson me entretuvo.

—¡Siempre Anderson primero que yo!... ¿Para qué té casaste conmigo? Yo no me casé para vivir abandonada, siempre sola...

¡Voy a perder mi juventud y mi belleza esperando en vano a que triunfes!... Cuando llegue tu triunfo yo ya seré vieja y nadie me querrá, ni tú. Ahora aún es tiempo; si tú no me quieres, si prefieres el negocio a mi amor, ya encontraré quien consuele mi abandono.

Madeline habló con fuego, con pasión exaltada, fuera de sí por el prolongado martirio de su vida... Aquella resolución parecía una cosa definitiva, sin apelación, y Martín, inundado de desaliento, buscó en el vino el olvido de un mal al que no sabía encontrar remedio, mientras que Madeline salía del salón de baile desesperada y triste.

Anderson, que siempre había estado un



- Eres una mujer fascinadora.

poco enamorado de aquella mujercita seria y bellísima, la encontró cuando salía del salón de baile y, tomándola de la mano con cariño la atrajo hacia sí con dulzura.

—Eres una mujer fascinadora, Madeline —le dijo encendido por el deseo— eres sugerativa, irresistible... Algo inexplicable nos atrae, no podemos evitarlo... He reservado para ti unas habitaciones en este mismo hotel... Yo te llevaré a ellas... Estás fatigada, ¿verdad? Vamos, querida...

Madeline, sin voluntad, se dejó arrastrar por Anderson, que la estrechaba cada vez con más fuerza y la besaba apasionado.

—Ya sabía yo que un día vendrías de nuevo a mí y he esperado con paciencia todo este tiempo... Si túquieres, si eres formal y complaciente, puedo hacerte jefe de sección, ganarás más, vivirás con mayor holgura... Yo te protegeré, te ayudaré en todo lo que quieras... Pero no pretendérás nunca que nos casemos, ¿verdad?

—¿Casarnos? —preguntó Madeline como despertando de una horrible pesadilla—. Oh, no, no; ¡lo único que prentendo es que me deje en paz, que me deje vivir tranquila con mi marido al que amo con toda mi alma! Usted pone trabas a nuestra felicidad; usted domina nuestras vidas y esto es lo que ha de acabarse! Mi vida no me importa; pero quiero salvar a toda costa la vida de Martín!

—¿De Martín? —preguntó con asombro Anderson—. ¿Te refieres a Martín West? ¿Por qué no me ha dicho él que estaba casado?

—Por miedo, señor Anderson. Amo a Martín más que a nada en el mundo; ¡ayúdeme a ocultar la verdad!...

QUINTA PARTE

Anderson llamó a la rubita, que ya una vez había servido a sus fines tortuosos, y le encargó que tratara de *distraer* a Martín West.

—Se ha enredado con una mujer y quiero separarle de ella... Tú le sacarás estas tontorriñas de la cabeza... Martín se casó con tu compañera Madeline y no me conviene ese matrimonio.

—¿Y quiere que yo lo deshaga? — preguntó ella—. Eso no lo conseguirá usted nunca. No cuente conmigo para esta clase de chantajes.

—Si no haces lo que te mando, quedas despedida.

—Oh, no, señor Anderson, usted no puede despedirme... mientras sirva de distracción a su amigo Ross—dijo convencida de que en aquel asunto era ella la dueña de la situación.

El negocio seguía entretanto marchando a la ruina. Los miembros del Comité directivo

confabulaban contra Anderson a fin de destituirle y quedarse ellos con la gerencia, pero para esto les hacía falta el voto de Monroe que estaba haciendo un crucero por el Mediterráneo en su yate de recreo. Anderson se prometió obtener a su favor el voto de Monroe y se entabló entre él y sus enemigos, una lucha sin cuartel para ver cuál de los dos bandos lograba el triunfo. Anderson estaba más preocupado por el casamiento de Martín que por la crítica situación en que se encontraba, y puso de su parte todos los medios para lograr que Martín se deshiciera de aquella mujer que estorbaba sus planes.

—Debes deshacer ese casamiento, Martín —le dijo—. Una mujer es siempre un estorbo... Es preciso que acabes con ella. Yo arreglaré ese asunto con dinero. Por unos miles de dólares tu mujer se separará contenta de ti.

—¡Mi mujer no es como las demás! ¡No se venderá fácilmente!

—Todas las mujeres son iguales. ¡El dinero es su única pasión!...

—¡No hable así de mi mujer!... ¡O le romperé la cara!...

—¿Por qué no lo haces?—preguntó Anderson con cinismo—. Porque tú mismo no estás seguro de la integridad de esa mujer... Pasa ahí dentro y verás que pronto te convences de la verdad de mis palabras.

Martín se escondió y al poco rato entró

Madeline en el despacho de Anderson; pero al oír lo que éste le proponía, al escuchar aquellas palabras que eran peor que una ofensa, peor que si la hubiera abofeteado en plena calle, Madeline se enfureció, le insultó, le arrojó al rostro todo el odio que hacia él sentía. Ofendida, furiosa, con una noble indignación que embellecía su rostro y encendía sus facciones, quiso agredir a Anderson. Hubo una escena breve, pero de un intenso dramatismo en el que se dilucidaba el porvenir de tres vidas... Un grito desgarró el aire. Acedieron los empleados... Anderson, inmutable, dijo a los que entraban:

—No es nada; esa empleada que se ha desmayado...—. Y dirigiéndose a Martín, que salía enfurecido a vengar la afrenta inferida a su mujer, añadió:

—Madeline se ha envenenado. Ahora la llevan al hospital.

—Ustedtragará el resto del veneno, ¡canalla! ¡asesino!—rugió Martín.

Los dos hombres lucharon a brazo partido breves momentos y de pronto, el mismo Anderson entregó un revólver y le dijo irónico:

—Anda, valiente, ¡mátame con esto!... No te atreverás, no... ¡Eres un cobarde!...

Martín sintió que una oleada de sangre le cegaba los ojos y disparó. El tiro hizo blanco, pero no dejó tendido en el suelo, como él hubiese deseado a aquel verdugo.

SEXTA PARTE

La herida de Anderson no fué de gravedad. Los primeros cuidados se los dispuso la modelo rubia, la que siempre estuvo un poco enamorada de aquel hombre que se le había resistido.

—¿Por qué quieres salvarme? — le preguntó Anderson.

—No merecías que yo te salvara, ¿verdad? Pero ya ves, siempre hay algo en nosotras que nos empuja hacia el que nos desprecia.

—Ahora todo cambiará, nenita; cuando esté bueno nos iremos los dos a París, a la Riviera, a donde tú quieras... y cuando nos cansemos de estar juntos nos separaremos sin estridencias, muy amigablemente, ¿te parece bien?

—¡Encantador!...

—Ya estoy de más aquí. Ya no me importa la gerencia; ¡que se hunda el negocio!

Nos divertiremos y así descansaré... Los negocios agotan.

Martín entró un momento para darse el gusto de cebarse de la desgracia del que creía caído para siempre.

—Siento no haberle matado—le dijo.

—Has sido un cobarde—le respondió Anderson.

—Prefiero ser un cobarde a ser como usted. ¡No quiero un éxito que ahoga y asesina! ¡Me voy con mi esposa! ¡No quiero verle jamás!

—Vete, sí; pero quizá algún día te arrepientes de no haber seguido mis métodos. El amor anula al hombre; sólo una completa independencia sabe hacerle triunfar.

Pero cuando Martín hubo salido Anderson volvió los ojos a su linda enfermera y le dijo de nuevo:

—¡Ahora iremos tú y yo a divertirnos!... Dejaré por una temporada mis métodos que sólo me han dado disgustos y sinsabores...

En aquel momento vinieron a anunciarle que se acababa de recibir el voto de Monroe, trasmítido por cable. Anderson había triunfado de sus enemigos. Monroe seguía confiando a él la marcha del negocio y le daba un amplio voto de confianza para que pusiera los medios convenientes para conjurar el peligro en qué se encontraba a causa de la crisis mundial.

—¡Vuelvo a ser gerente general! — exclamó Anderson en son de triunfo y encendiéndose de nuevo de entusiasmo hacia el negocio que momentos antes parecía aborrecer.

—¡Vuelvo a ser gerente!... Ya sabía yo que no podían prescindir de mí; que no hay nadie capaz de llevar la marcha de esta máquina de difícil manejo; ¡sólo yo puedo conseguir lo que a los demás les resulta imposible!... Volveré a trabajar; despediré a todo el personal inepto; me quedaré únicamente con aquellos que tengan ideas nuevas y una energía inquebrantable; hundiré a todos los que no sirvan a mis fines... y el negocio tiene que triunfar irremisiblemente.

—¿Pero y nuestro viaje a París y a la Riviera, qué se ha hecho? ¿No vamos ya a descansar juntos, a gozar juntos de la vida durante unas semanas? — preguntó con mimo la encantadora modelo que veía evaporarse como el humo sus ilusiones acariciadas durante tanto tiempo.

—¿París?... ¿La Riviera?... —dijo Anderson, como despertando de un sueño—. ¿Quién te ha hablado a ti de todas estas cosas? No entiendo ni una palabra de lo que dices... ¡Vuelve a tu sección a trabajar! Ahora ni siquiera tendrás que jugar a ajedrez. Siquieres ganar tu sueldo tienes que emplear todas tus energías en el departamento de vestidos para señora. ¿Entiendes? Sal en seguida. ¡El

Gerente General Anderson, asume de nuevo su puesto! Has lo que te ordeno... ~~tu~~

En el hospital, a la cabecera de la cama en donde Madeline estaba restableciendo su salud después del intento de envenenamiento provocado por el odioso Anderson, Martín West acariciaba largamente la cabeza de su esposa, la adorada cabecita que le miró y le sonrió con una dulzura tierna y amable.

* * *

—¿Cómo estás, mi vida? — le pregunta.
—¿Verdad que te sientes mejor? ¿Verdad que pronto podremos salir de esta odiada ciudad y marchar lejos de la influencia de ese hombre que ha estado a punto de arruinar nuestras vidas? Busearemos un lugar tranquilo donde un trabajo honrado nos permita vivir sin sobresaltos y sin zozobras... ¡Doblaremos la hoja y comenzaremos una vida nueva, la única verdadera! Una vida en la que el amor sea el dios que gobierne un soberano, como un soberano absoluto de todos nuestros actos.

Un beso apasionado selló este pacto que sonó dulcísimo a los oídos de la convaleciente.

FIN

El signo de la Cruz

I. F. I. no contesta

King Kong

Estos tres títulos forman el

TRIUNVIRATO

de las tres fantásticas producciones

1 9 3 3 - 1 9 3 4

Las cuales aparecerán en

**Ediciones
Biblioteca Films**

King Kong

I. F. I. no contesta

El signo de la Cruz